

DISCURSO DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, BERNARDO SEPÚLVEDA AMOR, EN LA CONMEMORACIÓN DEL CLXXVII ANIVERSARIO DEL INICIO DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO

Ciudadano presidente de la República;
ciudadanos presidentes de las cámaras de Diputados
y Senadores del H. Congreso de la Unión;
ciudadano presidente de la Suprema Corte de Justicia;
señoras y señores:

Porque tenemos historia, memoria y proyecto evocamos hoy la gesta fundacional de la patria, en un acto de reafirmación y reconocimiento político de nuestros orígenes. Una política sin historia no tiene raíces; una política sin proyecto no tiene frutos.

Con el grito de Dolores, en 1810, irrumpe violenta el ansia de libertad. Entonces se expresa una dimensión ignorada del pueblo, en una Nueva España que parecía acostumbrada a la perpetua servidumbre de unos y a la obligada obediencia de otros. Un mundo empieza a derrumbarse; otro se levanta. Dejar de ser colonia, para emerger como nación independiente.

Pero la patria no existe aún; se vislumbra. Es proyecto y promesa generosos. Se sospecha que será, como apuntan los *Sentimientos de la Nación*,

una en la que las leyes —las buenas leyes— sean superiores a todo hombre; una en la que se moderen la opulencia y la indigencia; en la que se aumente el jornal del pobre; en la que la esclavitud se proscriba para siempre y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales...

Una patria, en fin, en la que sólo distinga a un americano de otro, el vicio o la virtud.

La nación habría de construirse con el legado de los hombres de la Independencia, los que con su rebelión impugnaron una tradición de sometimientos: rechazaron la esclavitud, los fueros, la nobleza, la división de castas, la intolerancia religiosa. Nada debería estar,

nunca más, por encima del pueblo, de sus afanes de libertad con justicia, de progreso con independencia.

Edificada la nación, sostener la independencia se vuelve compromiso continuo. No es tarea de un decenio, ni de un siglo siquiera. La luminosa generación de Juárez y de la Reforma cumplió con su aporte fundamental; también la fuerza del pueblo, hecha Revolución, propuso y decidió rumbo y destino.

Tiempos distintos han formado un mismo tiempo mexicano. Ayer como ahora, la nación se afirma al reconocerse en su pasado y al imaginarse en un proyecto de porvenir. Toma del ayer y del ahora la savia, la inspiración y el aliento para construir su futuro.

Adentrarnos en la historia es reconocer, en nuestras raíces, los testimonios de triunfo y de fracaso; los grandes episodios de dignidad y valor y las pesadillas de asedio foráneo y de agravios internos a la soberanía de la nación.

La unidad en torno a principios, instituciones, cultura e identidad nos ha dado patrimonio y fuerza. De las divisiones por pugnas y discordias ha sacado ventaja, siempre, quien se opone a la nación y a su afán de independencia.

El repaso del ayer nos hace recordar la difícil y tenaz configuración de independencia, nacionalismo y patria. Nos recuerda que lo que mueve a los pueblos es el afán de legítimo progreso y el impulso de su propia dignidad. Nos prueba también que la acción política sin sustento ideológico que fije el rumbo, es desconcierto y extravío.

Señoras y señores:

La independencia está, de continuo, expuesta a nuevos desafíos. En el pasado, su afirmación implicó enfrentar presiones internas e injerencias extrañas de notable magnitud. En nuestro tiempo, a las contradicciones, insuficiencias y rezagos propios, se unen desequilibrios y desórdenes en un escenario internacional que nos abarca, del que somos parte sin escapatoria.

Hablar de crisis y de cambio; de tensiones y ajustes se ha vuelto parte del lenguaje político de lo cotidiano. El mundo vive una etapa de cambio profundo.

El gobierno de Miguel de la Madrid inició su gestión en un momento nacional e internacional adverso. La economía nacional presentaba signos ominosos. No pocos, dentro y fuera del país, presagiaban el colapso.

Al propio tiempo, el diseño de una estrategia viable de reordenamiento económico y transformación estructural tuvo como referencia obligada un contexto mundial negativo. Se deseaba reorientar y revitalizar la economía y, a la vez, reducir su vulnerabilidad ante los factores externos.

Cinco años después constatamos que el país no se resquebrajó ante la confluencia de signos contrarios. El sistema político se ha enriquecido con mayor participación y con nuevas formas de representación, expresión y convivencia. Se han saneado finanzas, instituciones y empresas en una proporción que permite una base

más firme de sustentación al aparato productivo. El impacto en el bienestar general ha sido alto y no se ignora; empero, a pesar de las carencias financieras se ha desarrollado una política social diversificada y existe el compromiso de dar respuesta a las justas demandas populares.

Los efectos de la crisis económica internacional en la realidad mexicana y las presiones del exterior no han hecho variar el curso de nuestra política exterior. Todo lo contrario: ha reafirmado sus postulados y orientación; ha probado que ante las dificultades los principios se fortalecen en valor y vigencia.

En síntesis, a pesar de los años de crisis persistente, hoy podemos afirmar, de nuevo, que las instituciones del país tienen sólidos fundamentos; que el Estado mexicano es fuerte y mantiene rumbo; que la sociedad renueva sus formas de organización y producción con dinamismo.

El esfuerzo del pueblo y del gobierno de México para retomar la ruta del crecimiento, conservar estabilidad y afianzar independencia se ha dado y sigue teniendo lugar en un mundo de turbulencias.

En lo económico, la persistencia de elevadas tasas de interés en los mercados internacionales de capital sigue incidiendo negativamente en la marcha de nuestra economía; el proteccionismo comercial continúa dañando a nuestros productos de exportación; los precios internacionales de materias primas que produce México siguen sujetos a una inestabilidad que limita la captación de recursos.

En lo político, la sociedad de naciones sigue arrastrando conflictos regionales que amenazan la seguridad mundial e impiden un clima orientado a la cooperación para el desarrollo. No se ha logrado frenar el uso de la coerción y la fuerza en la solución de las controversias; hay un debilitamiento del derecho internacional y de los organismos multilaterales; las diferencias entre las potencias y el armamentismo nuclear acentúan las tensiones mundiales y afectan la independencia de los pueblos, al conllevar esquemas estratégicos de seguridad e influencia.

Independencia y política exterior son términos estrechamente vinculados. La defensa de la soberanía de la nación y de sus identidades traduce requerimientos de gran envergadura para la acción diplomática de México.

Es la nuestra una política exterior de principios irrenunciables. Lo es, porque en ellos se concentra el afán del pueblo mexicano de construir independencia con dignidad. Pero es también una política realista y pragmática, en el sentido de que ejerce previsión, planeación y negociación, para mejor promover los intereses nacionales.

En los albores mismos de la independencia, Hidalgo y Morelos postularon principios que luego fueron vertebrales de la doctrina internacional de México. La Constitución de Apatzingán consagró el derecho a la libre determinación de los pueblos al expresar:

Ninguna nación tiene derecho para impedir a otra el uso libre de su soberanía. El título de conquista no puede legitimar los actos de la fuerza; el pueblo que lo intente debe ser obligado por las armas a respetar el derecho convencional de las naciones.

Durante el siglo XIX, el país hubo de librar desiguales guerras de agresión y perdió más de la mitad de su territorio. En la primera parte del siglo actual, defendió Revolución y nacionalizaciones: el dictado popular para definir instituciones propias y el ejercicio pleno de la soberanía sobre los recursos naturales. Esas y otras duras experiencias conformaron nuestra doctrina internacional y sus principios de no intervención y libre determinación de los pueblos, tan caros para la defensa de la nación.

Mantiene fuerte a nuestra doctrina internacional su naturaleza legítima; el que la mayoría de los mexicanos reconozcan en ella memoria, sentido de dignidad, defensa de lo que nos une — de lo que es propio y no patrimonio de minorías poderosas de dentro o de fuera.

La política exterior de principios es referencia permanente y razón de continuidad. No se funda en abstracciones. Por el contrario, refiere los valores y normas a situaciones concretas con una visión que atiende al momento político o a la situación económica, pero también a intereses de largo alcance.

Permite que, sin ambages, reclamemos la no interferencia en los asuntos de los mexicanos. Nos da respetabilidad y autoridad moral y, con ello, mayor capacidad de influencia y negociación en el difícil mundo de las relaciones entre Estados.

La diplomacia mexicana rechaza servir a intereses que no sean los de la República; no se presta a los afanes de dominio de otros, por poderosos que sean. México no es pieza estratégica de nadie; rechaza pertenecer a esferas de influencia y formar parte de alianzas militares o de forzadas inclusiones en esquemas ajenos de seguridad. Nada que atente contra el derecho del pueblo de México a elegir metas y camino y a comprometerse con lo que es afín a su identidad y válido para su conciencia, sería aceptable.

Señoras y señores:

La política exterior del gobierno que conduce Miguel de la Madrid sigue estrategias que consideran, con objetividad, las capacidades reales del país para actuar en las circunstancias internacionales actuales y previsibles. Es una política exterior activa, dedicada a identificar intereses coincidentes o complementarios y que promueve la acción concertada para apoyar la iniciativa y el desarrollo nacionales.

Es la nuestra una política pluralista, que alienta la cooperación y la solidaridad con países de distintos modelos y niveles de desarrollo y de diversas regiones. Busca abrir a la nación nuevos y mejores horizontes de progre-

so. La diversificación de nuestras relaciones con el exterior tiende a evitar dependencias gravosas o interdependencias que pudieran significar asimetrías inconvenientes o servidumbres simuladas.

La política exterior del gobierno de la República aprovecha el valioso potencial de cooperación que existe en el ámbito internacional. En las relaciones bilaterales, al igual que en los organismos internacionales, se identifican oportunidades de colaboración económica, científica y tecnológica que sirvan de complemento a los recursos y esfuerzos nacionales.

Se trata de apoyar el desarrollo nacional en áreas estratégicas de la industria, el comercio, las finanzas y la energía. Estamos en el umbral del siglo XXI; nuevas corrientes mundiales de producción e intercambio comienzan a dominar el escenario. México debe insertarse en ellas con un esfuerzo de previsión y de ajuste para que se logren competitividad y las mejores condiciones.

En los años recientes, gran parte de nuestra acción económica internacional se ha concentrado en cuatro capítulos principales: los problemas de la deuda externa, el acceso de nuestras exportaciones al comercio internacional, el mercado mundial de petróleo y la inversión extranjera directa.

El objetivo ha sido claro: contribuir a la reducción de la vulnerabilidad externa de la economía mexicana; a diversificar sus fuentes de captación de divisas; a extender, con un sentido de equidad y equilibrio, los mercados de nuestros productos de exportación; a lograr, en fin, mejores opciones científicas y tecnológicas para el desarrollo del país.

Señoras y señores:

Conviene hoy reiterar que la política exterior de México ha dado, en los últimos cinco años, una alta prioridad a las relaciones con los países vecinos. Hacia el sur, hemos visto con fundada preocupación la persistencia de la inestabilidad política; de la injerencia foránea, de las carencias económicas y sociales. Centroamérica es región hermana y, a la vez, zona de frontera. Compartimos un pasado común; estamos vinculados a su presente; no podríamos ignorar su porvenir.

Valores e intereses de la mayor importancia para nuestra nación están en juego en América Central. Nuestra seguridad; partes de nuestro territorio que son refugio de tantos; nuestro comercio y comunicaciones con el área; nuestra solidaridad con los justos afanes de democracia y justicia de aquellos pueblos. Cómo ignorar, entonces, al borde de nuestras fronteras, el armamentismo creciente; la vulneración de instituciones políticas; la militarización de las sociedades; la intervención foránea intolerante.

Quienes no quieren ver los intereses nacionales que México defiende en América Central; quienes no quieren reconocer los riesgos que enfrenta nuestra propia integridad y soberanía; quienes quisieran que cediéramos en nuestra actitud fundada, digna y madura en be-

neficio de supuestas ventajas económicas o de otra naturaleza — ilusiones sin base —, a esos les hemos dicho y les diremos nuevamente, que están equivocados; que con la libre determinación de los pueblos y con los intereses de seguridad y desarrollo de México no se transige.

En los vínculos con los países centroamericanos el gobierno de México seguirá invirtiendo considerables recursos diplomáticos. Deseamos con ellos relaciones de entendimiento y cooperación; más colaboración económica y tecnológica; mayores intercambios culturales y educativos. Queremos contribuir, constructiva y respetuosamente, a su desarrollo y estabilidad.

Con América Latina, en conjunto, hemos trabajado en forma decidida y sistemática, aprovechando los significativos intereses comunes, las afinidades singulares y la enorme capacidad de acción conjunta para enfrentar problemas y buscar respuestas.

En Latinoamérica hemos encontrado nuevos espacios políticos y económicos que permitirán encarar mejor los factores externos que afectan nuestro desarrollo. Mantenemos una perspectiva de largo alcance, instrucción de Miguel de la Madrid desde el inicio de su mandato.

No hay exageración al afirmar que existe una coyuntura altamente favorable para impulsar la colaboración política y la integración económica con los latinoamericanos. Democracia política y crisis económica se han sobrepuesto para producir un reclamo de unidad y de suma de esfuerzos y solidaridades.

Mucho hemos avanzado estos cinco años en la cooperación bilateral con los latinoamericanos y en las acciones de concertación regional. Igual para atender la crisis centroamericana, que para enfrentar las consecuencias tan gravosas de la deuda externa, que para luchar contra el proteccionismo comercial que afecta a nuestras exportaciones.

Mucho también hay por hacer. Así lo han entendido los jefes de Estado de los ocho países miembros del Mecanismo de Concertación Política que habrán de reunirse en México en noviembre próximo. Buscarán aquí combinar intereses comunes y contribuir también a la unidad y a la integración del conjunto de la región.

Está en el mejor interés de la nación mantener en el futuro la orientación y el énfasis. La independencia, la seguridad y el desarrollo de México estarán bien servidos si hay paz y cooperación auténticas en América Latina.

Al capítulo de las relaciones con Estados Unidos, la diplomacia mexicana ha dedicado en el último lustro recursos políticos excepcionales. La agenda de la cooperación bilateral se ha incrementado y es cada vez más compleja.

En los momentos de dificultad, el gobierno de México ha actuado con firmeza; con madurez, con nacionalismo; nunca con hostilidad.

La celosa salvaguarda de nuestra independencia, de la libre determinación de los mexicanos, no admite excepciones. La historia nos ha enseñado a defender y con-

ciliar, pero siempre en la dignidad, reclamando en toda circunstancia el respeto que merece el pueblo de México.

Fruto de un esfuerzo político serio y responsable, debemos reconocer que hoy se mantiene una tendencia gratificante hacia el mejoramiento consistente de la atmósfera política en la que se desarrollan las relaciones entre los dos países. Ello no es fortuito. Es el resultado de un tenaz trabajo en favor del entendimiento, la negociación equitativa y el respeto mutuo. La vecindad nos une permanentemente; aspiramos a una actitud permanente de cooperación en ambos lados de la frontera.

La seguridad internacional no será posible, como tampoco lo será una efectiva cooperación para el desarrollo, mientras persistan los profundos desequilibrios económicos y sociales entre los pueblos y el desorden del sistema económico mundial que han padecido la mayor parte de esos pueblos en las últimas dos décadas. Tampoco será posible un crecimiento general y sostenido de la economía internacional, mientras las tensiones y los conflictos políticos proliferen y la carrera armamentista consuma millonarios recursos financieros y tecnológicos.

Por ello, nuestra política exterior ha mantenido, sin tuteos, la tradición de contribuir activamente en los foros internacionales al arreglo justo y pacífico de las controversias, al desarme nuclear, a la protección del medio ambiente, al respeto del orden jurídico y a los derechos humanos y a la cooperación equitativa para el desarrollo.

Señoras y señores:

A cinco años de combatir la crisis, sin treguas, México mantiene cauce y dirección. Hay estabilidad y vocación nacionalista y de progreso. Pero sería irresponsable suponer que hemos triunfado fácilmente sobre las adversidades o que el cambio tiene camino abierto y sin obstáculos. La lucha será aún ardua y el empeño nacional enfrentará nuevos desafíos.

El cambio es inevitable. El sistema político y productivo de México, por origen y esencia, tiende a la transformación. Hay que modernizar instituciones y adecuar instrumentos; reorientar en función de las nuevas realidades; adaptar formas y actitudes. Todo, como parte de un proceso que exige a la sociedad y al Estado previsión, responsabilidad, lucidez y valor para convertir compromisos y anhelos en realidades.

Válido es preguntar qué cambios y hacia dónde. Modernizar es impostergable, como irremplazable es el perfil de un Estado que surgió de la lucha popular por reivindicar democracia, justicia y soberanía. De ahí que en la visión del futuro y en la definición del programa sea imperativo distinguir entre lo permanente y lo transitorio; entre lo esencial y lo reemplazable. El rumbo lo seguirá determinando aquello que define al Estado mexicano y al proyecto de nación que es nuestro compromiso y propósito.

No ignoremos que en los tiempos de crisis la dimensión de los retos nacionales hace aparecer falsas opcio-

nes: la del inmovilismo, sustentada en la ingenua creencia de que el tiempo todo lo resuelve; la de aquéllos que, por fatiga o debilidad, están dispuestos a ser obsecuentes con los poderosos; la salida autoritaria que siempre encuentra adictos en momentos difíciles; en fin, la alternativa de quienes buscan, más que gobierno, redentores que ofrezcan la ilusión de una magia imposible. A ellos seguiremos respondiendo que como Estado social de derecho, por origen y destino, el Estado mexicano está comprometido con el pueblo y ha de conformar su quehacer a los mandatos de la ley y la justicia. En esto, no hay cambio posible.

Es el nuestro un Estado de derecho; un sistema representativo y plural; un federalismo que vincula afinidades, aspiraciones y recursos; un conglomerado de instituciones con inspiración democrática que, por esencia, se obliga al desarrollo con justicia social; un pacto político independiente y nacionalista.

Una sociedad civil participativa y vigorosa, fortalece al Estado, no lo debilita. El desarrollo de los partidos y de las organizaciones sociales, de la articulación de intereses y de la expresión abierta de ideologías, se traduce en más democracia y es también aporte a la independencia de la nación.

El Estado mexicano seguirá siendo fuerte y sólo es fuerte el Estado legítimo. La legitimidad permite a la autoridad lograr lo que el mero poder no alcanza: gobernar, transformando el poder en derecho y la obediencia en responsabilidad y solidaridad. Sólo el mandato popular confiere al poder público su carácter legítimo; sólo una conducción al servicio del pueblo preserva la legitimidad.

Queremos un poder que siga ejerciéndose para la libertad y para impulsar una creciente participación de la sociedad en la política y la economía. Una gestión gubernamental que mantenga la observancia a la ley y el respeto inequívoco a las garantías individuales y sociales.

Queremos un cambio que siga conduciéndose a través de la concertación y que se oriente a lograr el bienestar de la mayoría de los mexicanos. Un cambio con sentido popular y nacionalista.

Queremos un México de concordia y unidad que, respetando las peculiaridades de las regiones, los estados y las localidades, busque reducir la brecha entre riqueza y pobreza que entre ellos prevalece.

Un México con una justa distribución del ingreso, en que se pague con equidad el valor del trabajo.

Queremos una nación en la que niños y jóvenes aprendan en la casa y en la escuela a amar la cultura y la historia nacionales y que protejan el patrimonio común de los recursos naturales.

Queremos, en síntesis, un país más unido, donde democracia y progreso con justicia sean fuentes de solidaridad. Un país vacunado, así, contra las presiones externas; más capaz de responder a los desafíos del mañana; más independiente y — por lo mismo — más dueño de su destino.

El esfuerzo gubernamental persistente, honesto y racionalizador ha creado nuevas bases institucionales, más firmes y sólidas. Pero el presidente de la República nos ha señalado que el país al que aspiramos está aún en el porvenir; que mucho queda por hacer, por consolidar, por renovar.

Cierto es que la política es instrumento fundamental para el cambio; no menos lo es el que la realidad impone sus límites al quehacer del Estado y de la sociedad. De ahí que en su conducción del gobierno federal, el presidente haya decidido apartarse de las falsas opciones y de la tentación de alcanzar hazañas transitorias. Decidió por el rescate de los inestimables usos republicanos: patriotismo, templanza, firmeza y modestia en el ejercicio del poder.

El programa de gobierno del jefe del Ejecutivo ha fortalecido el mandato y la función de la Presidencia: Contra lo que algunos auguraban, en el umbral de la transición política se reafirma estabilidad, certidumbre y firme conducción. Habrá continuidad en lo esencial; cambio en lo necesario. Habrá, como hasta ahora, equilibrio y mesura. Habrán los fundamentos para conciliar reivindicaciones sociales y requerimientos de producción. Habrá también una política exterior fortalecida que nunca claudicó y que seguirá respondiendo a los intereses de la nación.

La limpia trayectoria de nuestra política exterior es patrimonio que fortalece a México. Ante los retos, ha asumido, con dignidad y energía, la activa defensa del proyecto nacional. Lo ha hecho siempre. Lo seguirá haciendo. Política de principios realista y actual es, como lo ha expresado el presidente de la República, "baluarte en la defensa de la patria".

Insistimos hoy en que a prueba están la independencia y la libre determinación de los mexicanos; a prueba está nuestra solidaridad y vocación patriótica, que han permitido progresar con estabilidad y sin abandonar el compromiso de justicia que legitima y justifica la acción de gobernar.

Hoy insistimos en que toda etapa de adversidad, de crisis y de transformación exige un esfuerzo especial de solidaridad política, con sentido nacional. Ante las fuerzas que dentro y fuera quisieran la sumisión del país, hoy respondemos que las mayorías de México y su gobierno no cederán.

No creemos en el pragmatismo sin principios, que ignora la historia del país y las bases de su estabilidad; que con falso realismo, utilitarismo en verdad, se desocupa de la integridad de la nación; que con oportunismo, irresponsabilidad o franca inmoralidad política no quiere ver más allá del interés inmediato.

La historia de México muestra que aquéllos que en nuestro territorio se oponen al cambio social y a la edificación de un México más justo, tienen con frecuencia eco y hasta inspiración y apoyo en intereses extranjeros. Pero frente a quienes aquí quisieran beneficiarse de una entrega de la nación y ante quienes allá quisieran cambiar el sentido histórico del pueblo mexicano, el gobier-

no de la República nunca dudará en la defensa intransigente de la soberanía del país y el derecho de los mexicanos a seguir decidiendo con libertad su destino.

Al celebrar el CLXXVII aniversario del inicio de la lucha libertaria, refrendemos nuestro compromiso con la República y con el avance de la democracia; con el Estado social de derecho y con el afán insatisfecho de justi-

cia. Mantengamos vivo el amor por México. Sólo así aseguraremos independencia y soberanía y podremos decir, con merecido orgullo, que seguimos el ejemplo de los héroes que nos dieron patria y libertad.

México, D.F., 16 de septiembre de 1987.